

“Si la mirada cambia, cambia también el paisaje”

Luisa Muraro

Introducción

“La traición amorosa es, sobre todo, rechazo de narración” escribe Carmen Martín Gaité en el *Cuento de nunca acabar*.¹ Esas palabras son el eco de una experiencia vivida por mí en los últimos meses: la separación del que fue mi compañero durante casi treinta años y es el padre de mis hijos. En el momento en que el hecho acaeció se puso en evidencia que el relato que sostenía nuestra relación no era una versión compartida y que el sentido que cada uno de nosotros le dábamos propiciaba unas acciones u otras, entre ellas el propio desenlace. Fue una sorpresa escuchar de su boca su versión, tan diferente de lo que habíamos estado hablando hasta entonces. Lo fue tanto que, pensé: “en su lugar yo misma hubiera deseado acabar mucho antes”. Pero para mí, su decisión de separarse llegó sin avisar.

Inmediatamente, siguiendo a ese relato, en los días y meses que han venido después, no sólo cambió el contenido del relato (el argumento que sostenía la relación), también cambiaron otras cosas: las coordenadas de la relación (los sucesos importantes, los irrenunciables, los pilares que la sostenían) y las palabras para nombrarlo todo (la realidad de los acontecimientos que se suceden, las necesidades, los deseos, los escollos del conflicto...). Fue un cambio radical que puso en evidencia la irrupción en nuestras vidas, con toda su fuerza, de un orden que se había mantenido hasta entonces en segundo plano. Y entró hasta adentro, encarnado en el que había sido hasta entonces mi compañero.

* Escrito entre mayo y septiembre de 2015.

La separación es un trance doloroso. No es sólo el evidente cambio a efectos prácticos (de organización de la vida y los tiempos, de la economía...) también y sobre todo en el simbólico: los sentidos, los significados, los afectos. Siempre había pensado que, si algún día nos separáramos, la buena relación, el amor, la confianza que había habido entre nosotros serían como un colchoncito que nos permitiría llevar la separación de la buena manera... Pero no ha resultado así.

Durante todo este tiempo he ido escribiendo un diario que me servía para ordenar el nuevo mundo en el que me encontraba, como si fuera el mapa de una tierra desconocida; en este diario se basa el presente texto que es un intento de encontrar sentido a una experiencia corriente de la que se habla poco fuera de los lugares comunes.

“Y colorín colorado, este cuento se ha acabado”

La mañana en que él me anunció que se separaba, habíamos estado contando cuentos con mis alumnas. Yo les conté el de Hansel y Gretel. Al final, tras la muerte de la bruja, una alumna me preguntó “¿y después?” “¿Después?”-dije yo-, “¿Qué importa lo que pase después! Cuando una ha podido sobrevivir al abandono y al maltrato, a la amenaza de morir cada día y, tras enfrentarse al mal, mata a la bruja... ¡No tiene la más mínima importancia: será capaz de todo!”

Por eso nos felicité, a él y a mí, porque como los protagonistas del cuento habíamos sobrevivido a la travesía por el bosque, a la entrada en la casa de la bruja. Él podía poner una objeción: la travesía por los infiernos no había sido voluntaria, él no lo había pedido y si hubiera podido no la hubiera empezado... Pero no siempre podemos escoger en la vida: Hansel y Gretel hubieran preferido comer menos y continuar en casa, seguro (y también hubieran crecido desnutridos), pero no tuvieron elección. Tampoco eran inocentes del todo: estaban dotados de curiosidad, eran avisados, y eran dos. Supieron lo que les esperaba, usaron

lo que tenían a mano (las piedrecitas, las migajas de pan...) pero finalmente se toparon con la bruja. Y el uno por la otra, burlando a la bruja y esperando el momento oportuno, salieron adelante. La Gretel y el Hansel del principio y los del final del cuento son muy diferentes.

Nosotros también estábamos dotados de curiosidad y teníamos nuestros recursos (que avalaban una historia de más de veinte años de probada solidez con cien pequeñas escaramuzas ganadas). O sea que estábamos entrenados. Y el amor, claro. Y éramos dos. Aún así entramos en el bosque por necesidad y nos perdimos (porque “Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes” como dice San Juan de la Cruz). Y nosotros continuamos juntos hasta el final, atravesando el infierno, cargados con nuestros propios fantasmas, paso a paso y fuimos encontrando los recursos necesarios para burlar el demonio (el demonio: lo peor que puedo esperar, el mal más espantoso). Una auténtica tarea de héroes. En los cuentos sabemos que los protagonistas lo conseguirán... En la vida real no podemos estar tan seguras. Sé que alguna vez él pensó que yo era su infierno, “no lo soy” le decía yo.

Cuando dijo “Quiero separarme” parecía que había llegado el final del cuento. Me pareció también que era un hombre nuevo, me parecía que éramos invencibles. Volvió el amor, y el deseo, y las ganas de contar... El trabajo de los héroes estaba completado: ahora él podía verme entera por primera vez. Yo también había hecho lo mío: quedarme, descender juntos al infierno, confiar que íbamos a algún lugar. “¿Y ahora?”, como preguntaba mi alumna. Ahora era un final abierto, y él decidió continuar sin mí. Me entristecí, pero estaba contenta, por haber llegado al final de esa época dura (“el fruto seco que esconde lo bueno en una cascara dura”).

Pero esta era mi versión de la historia. ¿Qué decía él? Me escribió:

“Sí, tienes razón en todo. Así ha sido nuestra travesía

a los infiernos, yo no lo hubiera descrito mejor. Pero también es cierto que en este camino yo he hecho cosas horribles que te han herido mucho y tú has hecho cosas horribles que me han herido mucho. Los caminos que hemos escogido tanto para acercarnos al otro como para alejarnos no tienen nada que ver. Y creo que ninguno de los dos ha acabado de entender ni aceptar al otro. Esto a mí me ha ido machacando una y otra vez hasta que al final de la travesía, sin siquiera saber muy bien cómo, mi camino se ha acabado. Me he desprendido de ti, de mi dependencia hacia ti, de mi dolor contigo. Ya es lástima que esto sea el final de mi camino y tú parece que estás a la mitad. Pero como ya hace mucho tiempo que no podíamos hablar, expresarnos el uno al otro, yo ya no sabía quién eras ni dónde estabas, ni nada. Un vacío. Tú hacías tu camino y yo el mío e íbamos en direcciones que nos alejaban. Esta es una de las cosas que peor me saben: haber perdido la comunicación. Esto y la falta de cariño y de complicidad. Sea como sea hemos llegado hasta aquí y de la manera que hemos llegado, nos guste o no. Lo hecho, hecho está. Acertado o no, lo he intentado mil veces. Y tú te has encallado, así lo creo, en este “concentrarme en quedarme contigo”. Ya sé que tú dices que era mucho, todo, pero quizás no era suficiente para mí. De hecho es como siempre: yo vivo las cosas de una manera y tú las ves y vives de otra. Esto y la falta de comunicación de que hablaba antes han acabado de hacer el trabajo.

Por todo esto es que, en el momento en que veo claro que nuestra relación nunca se curará, sé que ni del cielo caerá una solución milagrosa ni la haremos caer nosotros porque estábamos encallados eternamente. Consigo dejar de lado mi dependencia física y emocional respecto a ti. Y por fin me veo a mí como persona, como alguien libre y separado de las “esclavitudes” (en el buen y el mal sentido de la palabra) que me ligaban a la inmovilidad. Y decido que

se ha acabado porque es el único camino que veo para no seguir haciéndonos daño, y de rebote a nuestros hijos. Y sí: dentro de las posibilidades estaba la de que quizás así, pasado un tiempo nos iríamos situando y quizás podríamos volver a encontrarnos. Todavía no me hago a la idea que tu reacción fuera la que ha sido después de romper nuestra relación. Me espantó tu reacción de acercamiento; de repente, después de la sequía del desierto de años me diste sexo como ni sabía que podías dar, me escribes cosas preciosas, estás por mí... Me entró el miedo. Yo ya lo había decidido y no quería volver a caer en la trampa de “ahora estamos bien, ahora estamos mal, ahora estamos bien, ahora estamos fatal” como una onda sinusoidal. Había llegado a la conclusión que esto no llevaba a ningún lado y sólo me hacía más daño. Y quise poner más aire entre nosotros para no darte alas. Yo estaba vacío del todo.”

Él se había quedado pegado a una época de dolor, de aparente ausencia del amor. Para mí era una época difícil, un tiempo de paso, de transición. Para él un final. Y para evitar el latido de nuestra relación (la “onda sinusoidal”, que escribió él), para evitar el dolor, puso a una mujer que había sido nuestra amiga en medio.

La apuesta por la libertad

Nuestra relación era una apuesta por lo más alto: por la libertad y por la felicidad. No era algo que se formulara así de claro. Pero yo la vivía de esa manera, sin pensar siquiera que podía ser de otra forma. Supongo que mi experiencia personal me había llevado ahí; desde mi infancia, los hombres de mi familia mantenían divergencias insalvables con sus madres, esposas o hijas. La calma volvía al hogar cuando ellos salían por la puerta. La calma que acompañaba nuestros juegos, la comida... la vida. Ellos se iban: a trabajar, al bar, al huerto... Poco a poco fui descubriendo que eran mundos aparte y que todo parecía ir mejor cuando

se mantenían separados. Yo veía cómo funcionaba el mío, el de las mujeres, en casa: era mi abuela, era mi madre (su nuera, es decir: las dos juntas también), y eran mis tías, las que hacían que prosiguiese. La fuerza, el sostén, nuestro cuidado, mejorar las cosas, sobrevivir cada día, no perder la esperanza de que todo tiene arreglo... era asunto de mujeres. Ellas se apoyaban, tenían ganas de verse, y había risas a pesar de las dificultades y discrepancias, que también. Ese mundo era el mío. Sus reglas, los gestos... yo también los usaba. Los prefería sin duda alguna: a los catorce años ya tenía decidido ser madre soltera, sin hombre. Pero más tarde -no mucho más tarde, éramos muy jóvenes- apareció él y descubrí que podíamos construir una relación en la que sentirme a gusto, “caber toda entera” en ella, como yo le decía. Una relación de confianza.²

Caber entera significaba también la posibilidad de abrir el conflicto, aunque fuera muy gordo, a pesar de su incomodidad, de no saber dónde nos llevaría, pero con la confianza de que la relación podría acogerlo. Lo habíamos hecho otras veces y el conflicto se había convertido en un espacio de transformación para cada uno y también para nuestra relación.

En general la libertad se contempla como algo que está fuera de nosotros, un ideal, algo a lo que nos dirigimos porque siempre la vemos lejana, en otro lugar y hacia ahí vamos. Pero se nos acerca mucho más cuando tenemos la suerte de saber que la libertad solo puede encarnarse en las relaciones, y que cualquier otra cosa es un malvivir porque significa perseguir un ideal que es casi un imposible. Como dice Diana Sartori: “La libertad no consiste en liberarse de los vínculos y de las relaciones que nos ligan a los demás y a la tierra, sino que es una apertura que se da en el reconocimiento de los vínculos y de las relaciones”.³ Pero incluso teniéndolo así de claro, cuesta ver libertad en una relación tan cercana con alguien.

No podría decir que todos hemos tenido alguna experiencia

de libertad a lo grande, porque si no la ves, si no la sientes como tal, no existe. Es el sentido que tú le das lo que la hace grande (“Cuando quiero ver miseria veo miseria, cuando quiero ver grandeza, veo grandeza”, suele decir Ana Mañeru). Algunas que hemos podido vivir situaciones en las que el amor alienta la libertad y, viceversa, que nos han enriquecido, en las que hemos podido expandirnos y descubrirnos (o sea reconocernos y darnos a conocer, a la vez), reconocemos una libertad grande y placentera.

Pero incluso cuando la hemos vivido en carne propia, esta libertad grande cuesta intentarla en momentos difíciles, en las que tengo que ponerme en juego y hacerme presente, escuchando en mi interior y preguntándome qué quiero o qué necesito, dialogando con mis propios fantasmas, encontrando las mediaciones necesarias, y dejando espacio para que la otra pueda poner también en juego deseos, necesidades, pensamientos y experiencias que son diferentes a las mías.⁴

Y por eso, aunque a veces resulta difícil reconocer experiencias concretas de libertad y de felicidad porque parecen palabras demasiado grandes, yo sé que fui feliz y me sentí libre con ese hombre (también lo contrario) y eso me permitió tomar grandes decisiones y vivirlas a lo grande, como por ejemplo, la decisión de ser madre.⁵

La constante de nuestra relación, y sobre todo durante los últimos cinco años era esta pregunta: ¿es posible nuestra libertad, la de cada uno, estando juntos? La maternidad/paternidad consiguió llevar al límite la pregunta, forzando, por su propia naturaleza, cuestiones como: tiempo, independencia/dependencia, relación, familia, compromiso... Estos últimos años fueron muy intensos, mezclándose nuestras ideas, nuestra realidad, la necesidad, nuestros deseos y los fantasmas que acarreamos.

Dice Luisa Muraro en su libro *El Dios de las mujeres* que “Las mujeres se toman con dios una libertad que los

hombres ni se imaginan” y recogidas en esta frase están dos de las dificultades mayores que yo encuentro en mi ser mujer: mi libertad en el mundo y, especialmente, en la relación con los hombres. ¿Qué es lo que quiere una mujer? se preguntaba Freud al final de su enseñanza. Como él, otros y otras muchas se lo preguntan, gente corriente, no solamente psicoanalistas. Para mí no siempre está claro lo que quiero, pero cuando lo está, puede ser tan sorprendente que tampoco encuentra fácilmente un lugar en el mundo. Esta libertad necesita realizarse en medio de mi vida de cada día, acompañada y acompañando todo lo demás, y a veces se manifiesta con un impulso tan fuerte como el mandato de la felicidad.⁶ Y no siempre es cómoda ni para mí ni para las/los que están conmigo; cuesta aceptar los caminos que toma porque frecuentemente no están previstos. Sobre todo para los hombres; ellos, es cierto, ni se lo imaginan. Recuerdo una conversación con el que entonces todavía era mi compañero, en la que le dije que sentía que se estaba abriendo una etapa creativa en mi vida, que no sabía qué forma tendría ni cuánto duraría ni adónde me llevaría pero que lo que sí tenía claro era que no quería renunciar a ella. “Seguramente -añadí-, no pueda explicar todo, ni de forma inteligible, pero lo intentaré”. “¿Es una amenaza?” -me contestó. Y de pronto, ese algo abierto, nuevo, que empezaba, él lo fue llenando de sus propios fantasmas, sin que yo me diera cuenta al principio.

No poder decir mucho sobre ello, pero aun así no renunciar y confiar en el proceso... Sostener la incertidumbre no es propio de hombres. Al menos, no de muchos. Pero algunas veces, un destello fugaz deja ver que sí, que es posible. Recuerdo las palabras de Josep, un amigo a quien invité a escribir sobre nuestra relación:⁷ “Algo de esto sucede entre los dos, Lourdes y yo, cuando conversamos. Nunca sé del todo desde qué lugar me habla. No sabría decir muy bien por qué no me resulta incómodo, aunque más de una vez me haya dejado en vilo. Está claro que me embrollo, pero en la medida también que me desembrollo. Puedo añadir que con su conversación descubro a veces que aprendo a

hablar”. Para que esto suceda, hay que irse acercando poco a poco, en una aproximación única y concreta, y esperar que la relación nos sorprenda, y asombrados –casi un poco desorientado, como se describe mi amigo– él se deje ser, abriéndose poco a poco a mí y a la relación conmigo, al mismo tiempo. Igual que hago yo. Pero aún así, sólo se da algunas veces, no todos pueden o quieren, ni tampoco es para siempre. Tiene la marca de la contingencia. Pero es posible; yo lo sé porque lo he vivido con algunos, en algunos momentos. Esa marca, me parecía, era también la de mi relación con este hombre.

Que la contingencia es la marca del amor lo había intuido desde muy joven. Quizá ayudó mi posición escéptica ante las relaciones entre hombres y mujeres, pero me ayudó a ponerle palabras Luisa Muraro, en el capítulo dedicado al amor “Penuria y pasaje” de su precioso *El Dios de las mujeres*:⁸

“El problema con el amor está quizá en la posibilidad de permanecer en los comienzos, de permanecer en su condición inicial. Lo cual, traducido en otras palabras, suena: permanecer en la contingencia, porque, como sabemos, el amor, de por sí, va y viene. Pero no es cómodo. No es cómodo, no es fácil mantenerse en equilibrio en ese mágico punto firme que le priva –nos priva– de caer en el resentimiento de la falta o del pretender colmarlo, manteniendo, en cambio, la posición que se origina con el descubrimiento de la carencia y de la capacidad de atenerse a ella. Esta –yo digo– es la empresa propia del amor, su acrobacia, porque entonces hay sitio para lo otro y lo otro tiene lugar, no de intruso ni de complemento, no parte ni extra, no amo ni siervo, no absoluto ni relativo, no objeto de fe ni objeto de voluntad. Sucede, simplemente, que hay algo otro y lo sabes, aunque no sepas nada más, porque en ti se muestra como acción de un centro de gravedad que se ha puesto fuera de ti: es como perder el equilibrio y descubrir

otro, vertiginoso modo de sostenerse. [...] Nacer mujer quiere decir nacer predispuesta al desequilibrio de centro de gravedad, que se desplaza hacia lo otro, fuera de sí. No es una predisposición de naturaleza metafísica o fisiológica: procede de la relación con la madre”.

Así, con ese anuncio de una nueva etapa creativa en mi vida, que él vivía como una amenaza, empezó una etapa de transición, muy dura, que debíamos cruzar para llegar al otro lado. La etapa de aparente no ser del amor. Yo solía preguntarme si era feliz. Podía decir a ciencia cierta que lo había sido, pero ahora, muchas veces lo que me sostenía era la promesa de una felicidad⁹ que sin duda volvería. Sin saberlo, o sí, pero en todo caso no como un acto voluntario sino más como un acto de fe, como un mandato del ser, estaba haciendo el trabajo de la carencia, que es también el del negativo: mantener la puerta abierta. En ese tiempo, cuando el amor, la felicidad y la libertad escaseaban, mi mayor trabajo fue mantener abierto el espacio de la relación para que acaeciese lo que debía ser. En el advenimiento del ser –que no iba a llegar de repente y que requería de la fuerza necesaria– nos esperaba el ser dos, no sabía en qué forma. Y quedarme era mi estrategia.

Él solía acusarme de no estar haciendo nada por la relación mientras que él llevaba todo el peso (él había empezado un análisis en el momento de máxima desesperación; yo a mi vez, llevaba años en él). Él tenía un trabajo que realizar sobre sí: debía separarse simbólicamente de mí. Mi trabajo era permanecer ahí: “Me quedo aquí” –le solía decir. “Quedarme aquí”, mantener abierto el espacio de la carencia, acompañarlo con palabras y silencios, podía parecer casi nada pero era de lo más difícil. Dos tareas para llegar a un mismo final: debíamos llegar a ser dos.¹⁰ Ahí se estaba jugando algo tan grande como nuestra diferencia y nuestra libertad, y la felicidad que tenía que volver.

Esto, que yo ponía en palabras una y otra vez, creía que

era compartido por él. Pero llegado el momento en que él anunció la separación, sus palabras dijeron que sólo había sido el tiempo del deterioro que precedió al final de la relación.

La carencia llama sin desesperarse y funciona como el negativo: se convierte en la posibilidad de un pasadizo para la llegada del ser que viene y vuelve a fluir y regalarse como si fuera el inicio del mundo¹¹. Para afrontar el negativo las mujeres lo hacen de dos maneras, dice Chiara Zamboni.¹² La primera es ir por el borde de lo negativo: mirarlo, acogerlo, padeciéndolo. De esta forma terminan modificándolo en una dimensión simbólica. Por esta vía, al aceptar el sufrimiento por lo que sucede, saben ver y sostener interiormente la ambigüedad de lo real. En la segunda, otras reaccionan poniendo el propio cuerpo y el alma en el lugar donde se imaginan que vuelven a tejer el tejido lacerado, sacrificándose para restablecer el orden, la continuidad perdida fuera de sí.

Los hombres, por su parte, lo hacen diferente: advierten la experiencia de no ser en el ser pero no la acogen, y para limitar el no ser utilizan o bien la fuerza, creando más sufrimiento después, o bien un tipo de pensamiento que evita detenerse en la raja. En este segundo caso ellos advierten que hay rajadas en lo real y en lugar de aceptarlas simplemente, las refuerzan creando a su vez separaciones, recortes, escisiones en el pensamiento, que no tenían necesidad de ser. Mucho de la diferencia masculina se encuentra en el gesto de separar cortar y recortar (por ejemplo recortar campos separados que en nuestra vida cotidiana no son en absoluto distintos). Y después de haber separado querrían reunir lo que ha sido separado pero no es posible, y algunos confían en la voluntad de potencia para superar el no ser con un salto. Y otros recurren al pensamiento de la ética.

La pérdida de la diferencia

Tras la separación, hasta los primeros diez meses la puerta estuvo abierta. En esa época, las decisiones seguimos tomándolas como siempre habíamos hecho; en el centro estaba el bienestar de los niños: su vida no debía sufrir más alteraciones, a ser posible. Pactamos unas condiciones básicas que nos servían a los cuatro (dónde vivir, calendario, dinero...), y el resto lo hacíamos a nuestra manera; la confianza nos permitía equilibrios. El cuidado de los niños se hacía mucho sobre la marcha, casi a diario, según las necesidades y posibilidades de todos. Por ejemplo, él seguía teniendo las llaves de casa y venía por aquí para hacerles la cena y estar con ellos mientras dormían y yo estudiaba francés. O hacíamos juntos algunas cosas (comer, ir al cine...). Además hablábamos mucho, también de cosas que habían estado dormidas durante tiempo. Mucha gente no entendía esa especie de continuidad que para mí y para los niños era de vital importancia.

Pasado ese tiempo, que para mí fue una época también de mucho dolor, él se dio cuenta de sus dificultades económicas y consultó con un abogado sobre la pensión que nos pasaba. Y un día llegó a casa, se sentó en la cocina y anunció "He estado un año haciendo el primo". El corazón me dio un vuelco. Y al poco tiempo lo que dio un vuelco fue toda la vida conocida hasta entonces porque empezó a tomar decisiones en las que en el centro no estábamos todos, sino solamente él, sin tener en cuenta para nada los pactos que habíamos hecho: se mudó de casa y vino a vivir al pueblo, decidió rebajar su aportación económica al sostén de los niños y empezó a hablar de divorcio y de custodia compartida. Y a partir de entonces él no se movía sin consultar a su abogado y no se daba cuenta que el derecho empezaba a ocupar el lugar de nuestras necesidades y suplantaba la relación.

Todas estas acciones no existirían sin el cambio simbólico que las sostiene, porque una cosa no cambia sin la otra. El

simbólico, que es el sentido de la vida y de las relaciones dicho por cada uno, por cada una,¹³ es un acto y también las palabras que lo acompañan. Para él, el cambio del sentido de nuestra relación se ha producido en su cabeza, al margen de la realidad. Nuestras necesidades son las mismas; son las ideas que revolotean en su interior las que han cambiado. Y esas ideas se corresponden con un orden que no había sido el nuestro hasta ahora. Esto a mí me produce mayor dolor que el de la separación misma, porque es como un renegar él de lo que hicimos y cómo lo hicimos, hay una falta de reconocimiento muy grande de nuestra historia. Es un rechazo de narración, sí, que toma la forma de una traición amorosa para el común de los mortales. Si cambio el orden de los factores que nombra Carmen Martín Gaité me doy cuenta de la inmensidad del desastre. Me ayuda a entender, por fin, por qué una experiencia tan corriente (casi podríamos decir banal) como un desamor, puede resultar devastadora: porque cuestiona el sentido de toda una vida. La herida se agrava por el hecho de la división entre por un lado la aceptación social de una separación como algo corriente e incluso, inevitable. Y el otro, la vivencia íntima del hecho. Esa división no deja espacio -o no mucho- para hablar de la experiencia subjetiva, la transformación interior de cada uno/una que, yo sospecho, va a cambiar el mundo de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Pero esto lo retomaré al final.

Cuando le pregunto por ese tiempo inmediato que siguió a la separación me dice que “No era consciente de lo que hacía”, algo parecido dice cuando habla de nuestra larga relación. Sea lo que sea que ha cambiado, da también un sentido diferente a lo vivido; por ejemplo, cuando describe los motivos para estar juntos durante tanto tiempo no habla de felicidad, de amor, de confianza... Dice que

“Era el miedo. Nunca pensé que una chica me diría que sí, así que cuando apareciste fue un gran acontecimiento. Tú, después, tenías cosas que no me gustaban nada, y aún así me atraías mucho. Eso, y

el miedo a perderte y mi moral cristiana de que las parejas lo son para siempre, hizo el resto”.

Para él, el miedo ha sido el motivo para estar conmigo durante casi treinta años. Dejando de lado la pequeñez de esta mirada, me llama sorprendentemente la atención que se quede ahí y no se formule la pregunta que le sigue, obvia: ¿qué es eso que temía perder (y que ahora, efectivamente, ha perdido)?

Puede que lo que ha cambiado sea que el amor ha desaparecido, que se ha ido a otro lado. María-Milagros Rivera sugiere que hay una relación histórica peculiar de las mujeres con la práctica de la justicia, y afirma que “Cuando las usan autoras reflexionando en torno a la justicia, las tres palabras, amor, piedad, caridad, tienen en común la indiferencia hacia el poder. Al hablar de poder me refiero a cualquier relación social privilegiada basada en el ejercicio de la violencia”.¹⁴

Efectivamente, cuando el amor habla el poder no tiene espacio. Este punto puede explicar por qué no reconozco al hombre que tengo delante. El amor que guiaba nuestra relación tenía desterrado (literalmente sin tierra) al poder. “No dejes entrar la ley y los derechos en esta cocina. Se trata de otra cosa” le contesté a él en nuestra conversación del primo.

María-Milagros recoge un poco más adelante, en el mismo artículo, un texto de María Zambrano del que tomo aquí un fragmento porque pone en relación el negativo, la carencia del amor y la libertad y ese algo que lo suplanta:

“Vivir el aspecto negativo de la libertad parece ser el destino que ha de apurar el hombre de nuestra época: agotar esta difícil experiencia. Y nada más difícil de descifrar que la negación, lo que sucede en la negación, en la sombra y oscuridad. Vida en la negación es la que se vive en la ausencia del amor. Cuando el amor

-inspiración, soplo divino en el hombre- se retira, no parece que se haya perdido nada de momento y aún parecen emerger con más fuerza y claridad ciertas cosas; los derechos del hombre independizado, todas las energías que integraban el amor quedan sueltas y vagando por su cuenta. Y, como siempre que se produce una desintegración, hay una repentina libertad, en verdad pseudolibertad, que bien pronto se agota”.¹⁵

La custodia compartida que borra el lugar del padre

“Un buen padre es una riqueza: un padre que sabe relacionarse con su hija, con su hijo, con su pareja- Un hombre que saber reconocer autoridad a la madre y saber reconocer a la madre la autoría de la vida, la lengua, es un buen padre [...] yo no querría olvidar que un buen padre es una riqueza para la vida. Y hacen falta hombres capaces de significar libremente la diferencia de serlo, hoy en particular. El papel de hombre también tiene su infinito”.¹⁶

Pero a esa significación libre no se llega fácilmente, es necesario que haya hecho simbólico nuevo, que haya habido interpretación libre de sí. Conquistar su lugar es un esfuerzo de cada padre. Y no se ve con facilidad aunque se siente cuando está. El papel distinto del padre va llegando poco a poco, como una invención particular.

Para María-Milagros el origen, el problema de fondo de la paternidad y, también su grandeza, “es su incertidumbre, incertidumbre que el patriarcado pretende cancelar. *Mater semper certa est, pater nunquam* (la madre es siempre segura, el padre, nunca) decía el derecho romano. La grandeza de la paternidad está en su requerir la confianza de la madre en todo lo relativo a la autoría de la vida”. Siguiendo la historia de la práctica política de la diferencia de ser hombre explica que el debate les llevó a ellos a indagar en el sentido de las relaciones que establecen los

hombres con su pareja y con sus hijos y sus hijas ya vivos y vivas, ya en el mundo. No se trata de una propuesta para abolir la paternidad sino para reinventarla, libre de estereotipos y de instancias de poder y de dominio, orientándola con el amor. Y de hecho se percibe en el ambiente la disponibilidad de algunos para dedicarles atención y tiempo a sus hijas e hijos; aunque les cuesta -continúa diciendo María-Milagros- aceptar con gracia el lugar segundo que su cuerpo les señala en la procreación humana. Esto dificulta el descubrimiento de la felicidad que puede dar el estar en segundo lugar.¹⁷

Por su parte, el padre de mis hijos dice saber lo que quiere: “Quiero la custodia compartida, porque yo soy su padre, no soy un anexo, y tengo el mismo derecho que tú”. De las diferentes afirmaciones, encadenadas en esta frase larga, la que aparece más frecuente en conversaciones i/o discusiones es “yo no soy un anexo”. También es la que me parece más personal, la que refleja de forma más suya lo que quiere decir. Pero ¿qué significa?

“Anexo” proviene del latín *annexus*, participio pasivo del verbo *annectere* (“enlazar”), que está adjunto o añadido a otro. Cuando él dice “no quiero ser un anexo” ¿a qué o a quién se refiere? Aunque seguramente, en su imaginario, se refiere a mí (no quiere ser mi anexo) de alguna manera sabe ver que la relación materna está en el centro, y que él está a un lado, apoyando esa relación. Lo que más le preocupa es que un papel escrito, el acuerdo o la sentencia de divorcio (la inscripción simbólica) confirme esa centralidad.

Él, aunque lo ve, no quiere ocupar ese lugar segundo del que habla María-Milagros; “le cuesta aceptarlo con gracia” como dice ella.

¿Qué lugar quiere ocupar él? Él combate su malestar tomando como suya una igualdad que no existe. Una igualdad que rubrica una fórmula matemática: su idea es ocuparse del cincuenta por ciento de la vida de sus hijos.

Sobre el cincuenta por ciento que “no le toca”, que “me toca a mí”, no tiene ninguna pretensión, puesto que no le importa perder la relación conmigo. Mantener esa relación propiciaría conocer entera la vida de sus hijos. Para quedarse con el cincuenta por ciento arriesga el todo.

Él cree que la dependencia de la ley servirá a su deseo solipsista. Es un espejismo esa independencia de mí, de nosotros, del amor, de una relación que duró mucho tiempo y en la que se dio confianza y cariño. Lo que espera obtener -seguir formando parte de la vida de sus hijos- al formularlo como un derecho se erige como una barrera que le impide buscar las vías para realizarlo. Puede que le den la razón pero ¿de qué servirá? En el mejor de los casos para él, para obtener el cincuenta por ciento. Es una pobre pretensión: quedarse con la mitad de la vida de sus hijos a riesgo de acabar con lo demás. Él se contentará con eso, pero la auténtica apuesta ahora es disolver la barrera para poder obtener quizás no todo pero algo importante del infinito mundo de nuestros deseos y necesidades.¹⁸

Hace falta algo que llegue a tocar la asimetría en que nos encontramos en la realidad, que la pueda mostrar sin que nos hiera. Y la cuestión es cómo modificarme, qué puedo hacer yo para obtener lo que necesito o deseo. Clara Jourdan apunta que se trata de buscar las oportunidades ofrecidas por la situación concreta, sin dejar que el derecho se convierta en una barrera para nuestros movimientos, reconociendo la dependencia de los otros... Ese gesto que él aún no puede hacer.

Y no sólo es necesario que vea la dependencia que nos une, también es preciso que él se haga a un lado, queriendo, sabiéndolo, aceptándolo. Como lo han hecho otros antes que él.

Recuerdo la conversación con Jose, un hombre también separado y con una hija. Un día le pregunté qué había pasado con su separación, que fue muy combativa hasta el

día mismo del juicio, en que él dio un paso atrás. Le pedí que me contara cómo lo había hecho y me contestó:

“Yo he debido construir la relación con mi hija; ella de alguna manera llegó a mi vida... Hubiera sido igual si hubiera sido adoptada. Con su madre no. El vínculo está desde el principio, desde siempre. Para separarse de ese vínculo ella (la madre) debería hacer un esfuerzo suplementario, igual que yo para llegar a conseguirlo... y no es seguro que lo consiguiera. Pero ese esfuerzo no es natural. Cada uno ocupamos un lugar diferente en la relación con nuestros hijos. Y eso, muchos hombres no lo pueden ver”.

Pepe Contreras dice algo parecido: “Entiendo que ser padre pasa primero por estar atento a la relación primera que es la que se establece entre la madre y la criatura, y es a partir de ahí que se construye mi paternidad. Cuidando y mirando la primera relación: la de la madre con la criatura. Eso no quiere decir que uno no tenga su propia posición de padre pero la tiene ejerciendo una primera mirada. Cuando se habla desde el derecho, yo digo “derecho a”, no se está mirando a la criatura se está mirando al propio ego”.¹⁹

Ahora él suele utilizar el lenguaje de la lógica y la matemática -especialmente en las operaciones de resta y división: “Yo quiero un acuerdo más igualitario” o “¿Cómo nos repartimos los niños?”, pregunta cuando se acercan las vacaciones. También “Me parece que la custodia compartida es lo lógico y normal”. Lo “lógico y normal”, él lo esgrime como un arma del sentido común porque ¿qué hay de más indiscutible que ese camino recto en el que en un extremo está él y en el otro lo que quiere? Pero en realidad es un ejercicio de gimnasia mental, que con una acrobacia se separa del mundo y pasa por encima, o aplasta (en todo caso no tiene en cuenta) lo que hay en medio: nosotros, nuestras necesidades y sentimientos, lo que se mueve en la realidad de cada día.

Luisa Muraro habla de cómo trabaja la lógica:

“La lógica es una admirable disciplina del pensamiento. Pero forma un pensamiento que, para funcionar a la perfección, descompone el orden según el cual la vida da inicio y la gente, bien o mal, seguimos en la vida, casi haciéndolo parecer un desorden. Por lo cual, yendo contra el sentir humano, lo gratuito es considerado menos precioso que lo obligatorio, a la fuerza de la ley se le atribuye más eficacia que al amor, y la regularidad mecánica ocupa el lugar de la ocasión imprevista. Pero, para un pensamiento que quiere ser riguroso ¿no es el peor de los engaños el creer que se puede o, incluso, se debe, separar del sentir humano?”²⁰

Los dos decimos querer lo mismo: el bienestar de los niños. Pero ese bienestar tiene connotaciones muy diferentes para él y para mí. ¿Por qué la forma que toma ese deseo, o mejor el camino por el que llegar a él, es tan diferente? Aquí se impone mirar bien cómo se muestra la diferencia sexual cuando tomamos decisiones.²¹

Las mujeres no se atienen a una regla para decidir, no hacen una jerarquía de valores entre lo más y lo menos importante, ni hablan de esta cuestión en términos de derechos, ellas se plantean sus posibilidades ligadas a las posibilidades de la criatura. Asumir la responsabilidad de determinada situación lleva a las mujeres a escuchar distintos puntos de vista y a elaborar alternativas arraigadas en el sostenimiento de la vida, con una preocupación clara por las relaciones y la responsabilidad hacia otras personas. Existe la obligación de hacer lo posible, lo que está en manos de cada cual, para que el mundo sea un lugar donde se viva mejor.

Ellos lo hacen diferente. Aplican un sentido moral de la justicia que tiene que ver con el respeto del otro, sus derechos, la reciprocidad, la imparcialidad y una forma de

entender la libertad en la que cada uno haga lo que quiera sin interferir en la vida del otro.

Hace unos meses el padre de mis hijos me pidió que le explicara otra vez por qué no quería yo la custodia compartida. Para cuidar las palabras veraces se lo escribí y se lo leí. Lo transcribo aquí porque muestra bien estas dos maneras de decidir las cosas:

“Voy a intentarlo de nuevo.

¿Por qué no puedo estar de acuerdo con el reparto de nuestros hijos? Primero, intenta no verme como una enemiga. Imagina como punto de partida como te sentirías si hubiese sido yo la que se hubiera separado por sorpresa, de golpe y de mala manera. Intenta imaginar el estupor, el dolor y el resto.

¿Ya está? Ahora añade que las primeras decisiones que tomamos tenían como objetivo el bienestar de los niños por encima de todo, sin olvidar el nuestro. De acuerdo, tú no querías estar conmigo, pero ellos no tienen la culpa y por eso intentamos que su vida cambiase lo mínimo posible. Los dos trabajamos en el mismo sentido y creo que lo conseguimos. Tú te fuiste, necesitabas distancia, pero continuabas protegiendo el nido, dándole la estabilidad necesaria. A nuestra manera -poco usual, que no todo el mundo entendía- supimos encontrar la forma de hacerlo, cuidando lo que habíamos estado cuidando hasta entonces también a nuestra manera. Podíamos hacerlo porque confiábamos el uno en el otro.

Y de repente, un día, vete a saber porqué, decidiste que esto ya no era lo que querías. Ahora quieres “tu parte”, incluidos los niños. A partir de entonces dejaste de poner la energía en el mantenimiento del nido y la pones en la creación de otro nido, con la intención de que sean ellos los que vayan de una casa a otra.

Nuestra manera de hacer las cosas, la que habíamos encontrado de cuidar lo que más queremos, se trastoca de arriba a abajo porque para ti ya no se trata de trabajar juntos para mantener lo que es importante, buscar la manera de colaborar y encontrar caminos para solventar las dificultades. Ahora intentas lo imposible, como el juicio de Salomón escenificó: que lo importante se divida en dos, y que cada uno cuide su parte, lo que queda, de la mejor manera posible.

Y esto se traduce en cosas prácticas que se pueden resumir en que dejas de venir a casa, dejas de formar parte del nido, ahora sí, definitivamente. Y los niños lo notan y lo dicen. Y en cosas simbólicas igualmente importantes: me dices que el tiempo de “protección del nido” como yo lo llamo lo hiciste “sin pensar” y que has “estado haciendo el primo durante un año”. Imagina de nuevo la estupefacción, la sorpresa y el dolor de ver que lo que para mí era un logro -mantenernos de alguna manera juntos para cuidar los niños- sólo era un espejismo. Un efecto de tu inconsciencia. ¿Puedes preguntarte de verdad si podrías confiar en alguien que nunca se responsabiliza de las decisiones que toma o que las cambia cada dos por tres? ¿Con quien la lógica de la relación ya no es la que era y que se dedica a hacer todo lo posible para conseguir su parte en lugar de juntar esfuerzos para mantener lo que hay, lo que nos es común?

Son dos formas contrarias de verlo ¿no crees?

Es cierto: el desmantelamiento del nido tal y como yo quería mantenerlo es ya una evidencia. Intentar mantener junto lo que queda, a partir de la ley es muy triste. Pero la relación no funciona y es la única manera que se me ocurre de intentar parar lo que para mí es tu espejismo de omnipotencia: que el mundo está a tu disposición y que puedes organizarlo a tu manera, apuntando al ideal que te gustaría sin tener en cuenta

nada más: cómo hacíamos las cosas, lo que teníamos en cuenta, cómo era la vida de los niños, lo que quieren (que estemos juntos, solo hace falta escuchar), y lo que será. Como si el antes y el ahora no tuviese nada que ver. Pero la vida es una. Y es continua.

Dices que los niños se adaptarán... ¿Es que acaso no ha funcionado bien lo que hemos hecho existir estos meses? Si a ti no te gusta mudarte ¿por qué crees que a ellos les gustará ir arriba y abajo? ¿Qué animal conoces que tenga dos nidos? ¿No ves que todo esto sólo es una idea en tu cabeza? ¿Y tampoco te preguntas qué les estamos enseñando a nuestros hijos con lo que hacemos?”

Él cree que los derechos están ahí, disponibles para proteger su libertad y listos para ser usados. Pero son más que nada una barrera porque inhiben su deseo de entenderse conmigo y el esfuerzo de buscar juntos caminos para ello. El objetivo de entendernos y organizarnos bien se ve suplantado por otro: defender sus derechos. Y para ello necesita de la fuerza.

Y llegada aquí me pregunto si una separación es una experiencia de violencia, y me respondo que sí. Tal como yo la estoy viviendo hay un desgarramiento muy grande de sentido, y la voluntad explícita de él de querer doblar el mundo para que se amolde a ese sentido nuevo que él mismo introduce. Es un querer entrar el poder de la fuerza en mi vida y la de mis hijos y que el hombre con quien se había mantenido ese orden de la fuerza a raya, sea quien primero lo deje entrar.

“El hombre que ejerce violencia contra una mujer es como el Minotauro. Su mente es un laberinto de incapacidad de entenderla a ella, de entender el sentido que ella le da a la vida y a las relaciones, o sea, a lo simbólico. Por eso, reacciona como el Minotauro. El Minotauro fue imaginado como un monstruo con

cuerpo de hombre y cabeza de toro. Es una alegoría de la fuerza semihumana que destruye sentido. Destruir sentido es un atentado contra la civilización, porque el sentido es lo propio de la criatura humana, es lo que alienta su vida en el mundo, es uno de los fundamentos de la felicidad. La diferencia sexual -la diferencia de ser mujer u hombre- es una fuente inagotable de sentido. La violencia contra las mujeres intenta destruir el sentido libre de la diferencia de ser mujer.

La violencia contra las mujeres se da, pues, cuando una mujer ama; y un hombre -su pareja- es incapaz de reconocerle autoridad al mundo relacional propio que ella crea y atiende amando, siendo el amor el horizonte de la política de muchas mujeres [...]. La mujer que sufre violencia no es una víctima sin más, sino que es, ante todo, una mujer que se hace depositaria de algo tan precioso como es la práctica de la relación: una mujer que no se deja llevar por el individualismo crudo -lo que se suele llamar el individualismo moderno- sino que persiste en abrirse a lo otro, sosteniendo las relaciones que ha creado en torno a un hombre".²²

Epílogo

Dejo para el final una cuestión que anuncio en medio del texto, cuando hablo del descalabro que es una separación.

Ha sido a raíz de mi propia separación, no antes, que me formulé una pregunta que había quedado olvidada cuando decidí ser madre. En aquel momento, para aceptar mi maternidad me apoyé en el deseo de ser padre de mi compañero y también me planteé la pregunta de si podría sostener la vida de mi hijo si me quedara sola. Al responderme afirmativamente pensé que había resuelto lo fundamental. Pero hasta ahora no me había formulado una pregunta igual de importante: "¿Estoy dispuesta a vivir

ligada a este hombre para siempre?" Puesto que un divorcio "sólo" cambia de forma la relación; no se rompe el vínculo si hay hijos.

Al cabo de unos días de pensar en ello, camino de casa me encontré con una conocida y me preguntó si ya "había hecho el cambio" (refiriéndose a dejar los niños con su padre):

"-Esta mañana -le dije-. Lo llevo fatal. No me acostumbro. Me pone triste y me enfurece perderme la mitad de su vida por mandato del calendario y de un señor con el que no estoy de acuerdo.

-Ya pasará. Los niños se adaptan.

-No hablo de los niños. Hablo de mí. Soy yo la que no me acostumbro.

Tras unos segundos de silencio dijo:

-Mi hermano lleva siete años así y cuando llega el viernes que los niños van con su madre, lo pasa fatal.

-¡Siete años! ¡Y no se acostumbra!

-... ¿Y quieres que te diga una cosa? -añadió- Cuando mi hermano se separó tomé conciencia de lo que era y me prometí a mí misma que mi familia sería siempre mía. Podría haber un hombre en mi vida, o no, pero si un día se iba, mi familia se quedaría conmigo."

Ella es madre soltera de una niña de dos años, que ha nacido con la ayuda de la reproducción asistida.

Necesité estas pocas frases para darme cuenta que la separación cambia la vida de las personas. Más allá de la pareja que se separa y sus hijos e hijas, como las ondas de una piedra lanzada a un estanque, llega a tocar a los que están más allá en formas que no imaginamos.

Cuando yo era más joven había pocas madres solteras, me refiero que escogieran serlo desde el principio. Ahora conozco a muchas; algunas se separan después del primer hijo y tienen el segundo ya solas, queriéndolo así. Me pregunto si el contratiempo de la separación no hace sino mostrar en toda su crudeza el desencuentro de la relación entre los sexos. Y si las mujeres van a ir escogiendo cada vez más una maternidad libre de padres, para proteger el vínculo más importante, que es origen de civilización. Y también me pregunto si eso es una ganancia o una pérdida, la de la oportunidad del amor, la de encontrar maneras de hacer posible que amor y libertad se den juntos entre un hombre y una mujer. Porque ahí radica la política.

Recepción del artículo: 10 de enero de 2016
Aceptación: 30 de enero de 2016

Palabras clave: Simbólico - Diferencia sexual - Libertad - Negativo - Derecho - Paternidad - Divorcio - Custodia compartida

Keywords: Symbolic - Sexual difference - Freedom - Negative - Right - Paternity - Divorce - Joint custody

notas:

¹ Citado en Ignacio Echebarría, “Una institución narrativa”, *El cultural*, 27 de abril de 2014.

² “Una heterosexualidad confiada, practicada y vivida en libertad dando lugar a una modalidad de la política sexual fundada en la confianza en las relaciones de los sexos y entre los sexos” A la heterosexualidad libre le sigue la pista María-Milagros Rivera Garretas en el capítulo “La política sexual” en *Las relaciones en la historia de la Europa medieval*, Valencia: Tirant lo Blanch, 2006, p. 139-204.

³ Diana Sartori, “Libertad «con». La orientación de las relaciones” en *DUODA* (26, 2004), p.113.

⁴ Graciela Hernández en su texto *Cuando el amor y la vida se dan la mano* recoge la experiencia del grupo “¿Es posible amar y ser libre a la vez?” de la Fundación Entredós, en Madrid.

⁵ Ver “Ese escandaloso modo de orientarse” en *DUODA* (31, 2006), p. 91-93.

⁶ Luisa Muraro, *La indecible suerte de nacer mujer*, Madrid: Narcea, 2013, p. 30.

⁷ Josep Sanahuja, “Para introducir la buena distancia” en *DUODA* (28, 2005), p. 122.

⁸ Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*, Madrid: horas y Horas, 2006, p. 160 y 161.

⁹ “La felicidad es altamente improbable, pero tratarla como un espejismo es sencillamente erróneo porque en realidad es una necesidad y es erróneo renunciar a ella. ¿Se renuncia acaso a la luz del sol? Si escasea, se echará de menos. Ayudémonos a soportar la carencia pero no a renunciar. El sentido de la carencia mantiene la puerta abierta” Luisa Muraro, *La indecible...* op. cit., p. 33.

¹⁰ Sobre las relaciones de diferencia he escrito en el libro *Las relaciones de diferencia, una necesidad política* (AAVV) Biblioteca Virtual Duoda. Especialmente en el capítulo “la historia viviente” en la que hablo del riesgo y el placer del juego, que van juntos con la apuesta y el gusto por una relación libre con los hombres.

¹¹ Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres* op. cit. p. 170.

¹² Chiara Zamboni, “Cuando lo real se raja”, en Diótima, *La mágica fuerza de lo negativo*, Madrid: horas y horas, 2009, p. 137-156.

¹³ María-Milagros Rivera Garretas, *La diferencia sexual en la historia*, Valencia: PUV, 2005, p. 84.

¹⁴ María-Milagros Rivera Garretas, “Las mujeres y la justicia”, *DUODA* (8, 1995), p. 67.

¹⁵ María Zambrano, *El hombre y lo divino* (1955). Madrid: Siruela, 1991, p. 241. Citado en María-Milagros Rivera, “Las mujeres y la justicia” op. cit. p. 69.

¹⁶ Coloquio con Núria Jornet Benito, María-Milagros Rivera Garretas y Luisa Muraro sobre los textos de las conferencias de la jornada “Ser dona al segle XXI”, celebrada en el espacio cultural Caja de Madrid, el 18 de marzo de 2009, *DUODA* (37-2009), p. 65.

¹⁷ María-Milagros Rivera Garretas, *La diferencia sexual en la historia*, op. cit. p. 76 y 77.

¹⁸ Clara Jourdan, “Cuando el derecho se convierte en una barrera simbólica”, *DUODA* (33, 2007), p. 23.

¹⁹ Pepe Contreras en el “Coloquio del Seminario La democracia igualitaria y la violencia contra las mujeres”, *DUODA* (31, 2009), p. 187.

²⁰ Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*, op. cit. p. 179.

²¹ Carmen Yago en su asignatura “Psicología de la libertad femenina” del Máster en Estudios de la Diferencia Sexual, de Duoda, para quien escribí originalmente este texto.

²² María-Milagros Rivera Garretas, *La cólera masculina ante lo otro*, web de Duoda, sección “Textos políticos”, www.ub.edu/duoda.